

III. ¿Qué cultura religiosa?

José Luis Corzo *

¿Qué cultura religiosa debe trabajarse en la escuela?

- La que también necesitan los chicos y chicas creyentes, porque sus catequesis son otra cosa; y a todos protege contra el exclusivismo y el fanatismo ideológico conocer los porqués y los cómo de las propias creencias y los tesoros de oro puro existentes en las ajenas.

- Pero una cultura religiosa que no se llame así, como si fuera un saber sectorial (cultura taurina, sindical...) en vez de cultura sin más; la que incluye saber de un hecho humano, pertinaz y pluriforme, conocido como religioso y abordable desde las ciencias humanas.

- En consecuencia, una cultura sobre el saber del hombre, de sus sociedades y de su representación de la realidad; no de las piezas de museo derivadas de ello (monumentos artísticos o arqueológicos), sino de sus gentes vivas (de ayer o de hoy), porque inquiera las formas de realizarse lo humano.

- Una cultura audaz para atreverse también a no saber y a romper el tabú que sella lo racionalmente inexplicable como inexistente (símbolos, mitos, creencias...) y prohíbe ser a cuanto no pertenezca a la razón científica.

- Un saber necesario a todos si queremos comprender mejor a los de

otras religiones, y distinguirlas de las sectas. Por eso, un saber veraz de los pros y los contras de la propia religión, su relación con el poder, sus épocas de expansión y de ocaso.

En detalle. En línea con esta idea de cultura religiosa, se apuntan las siguientes consideraciones:

Es preferible un aprendizaje común, necesario a todos, que una alternativa supletoria de la opción creyente

Los obispos dibujaron su clase de religión en 1979 para la nueva España democrática como algo diferente -y complementario- de la catequesis parroquial o escolar. En la catequesis, decían, se requiere experiencia religiosa, pertenencia a la comunidad cristiana y compromiso moral, pero en la escuela, no. Sin duda, pensaban en la exigencia intelectual intrínseca a la fe, so pena de dejarla en mero voluntarismo ciego y sentimental. Y puede que también, por afán de servicio a la convivencia de todos (y hasta por afán cultural y hasta apostólico), pensaran en ofrecer a todos los chicos españoles el conocimiento de Jesús y del cristianismo. Pero, no contentos con el valor educativo de la información, cargaron en lo formativo para los creyentes hasta diseñar una

* Profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca. Madrid.

materia optativa, católica y confesional (de tres grados: contenidos, profesores y alumnos dispuestos a la fe). El episcopado italiano (sobre base jurídica concordataria, similar a la nuestra) insiste más en el aspecto cultural de aprender el cristianismo en la escuela (sólo dos grados).

Y es que también hay, accesos al hecho religioso (y cristiano) propios de las ciencias humanas, no exclusivos de la fe. Se comprende bien si pensamos cómo nos gustaría (cada día más), para nosotros y nuestros hijos, saber qué, por qué y cómo creen y viven los vecinos musulmanes. Y que ellos también lo supieran de nosotros. Y hasta nosotros ide nosotros mismos! Ni se trata de dejarse catequizar, ni de frenar el proselitismo ajeno, sino de saber y comprender mejor.

Introducir en la escuela una materia obligatoria no debe depender de intereses de grupos religiosos, políticos o económicos, sino de conveniencia general

No me refiero a la conveniencia que aconseje la coyuntura laboral, sino la *filo-sofía* actual en busca de saber para vivir y convivir. Con razón decía Paulo Freire que determinar los saberes necesarios era una de las decisiones políticas de mayor calado.

Pero Régis Debray, en su reciente opinión –positiva– sobre la incorporación del Hecho Religioso en la laica escuela francesa, prefiere evitar la expresión “cultura religiosa” como si otra fuese atea o cierta pedantería condenara la ignorancia en el ramo (en TVE hay un departamento de música culta que deja por incultas a las demás). En cambio, el hecho religioso (fáctico y observable), por su abundancia y amplitud, por su persistencia evolutiva en la historia y en la actualidad, por sus huellas y manifestaciones en todos los campos de lo

humano (razón, moral, arte, sociedad...), no parece insertarse entre el saber o el ignorar de las especialidades académicas (“es que yo soy de ciencias”), sino en el área de la comprensión de lo humano (junto a lo lúdico, lo racional, lo afectivo, lo pragmático, lo ético, lo estético...). Es decir, en la antropología.

El hecho religioso no puede ser reducido al museo, por más que, en algunas sociedades, la religión desaparezca de lo colectivo

Sería arbitrario relegar la religión al pasado de Europa: de igual forma, no pueden conocerse las religiones antiguas sólo por sus monumentos (libros, arte, instituciones, etcétera), ni una catedral por sus capiteles y arquivoltas. Se conocen por sus gentes: ¿cuáles eran sus fuentes de sentido para vivir y morir?; ¿por qué hicieron esto?; ¿qué hacen y viven los budistas en sus monasterios? El interés actual de la religión no radica en el 11-S ni en la creciente inmigración no cristiana, sino en que configure una de las formas del sentido encontrado y dado por el hombre a su estar en la Tierra.

Tal vez era esa fosilización del cristianismo en el museo la que temieron los obispos de 1979 para rechazar explícitamente que prefirieran una mera cultura religiosa al catecismo. Pero tal disyuntiva no acaba de aclararse en las filas católicas: ¿hay o no un punto medio entre catequesis y cultura? Algunos creemos que sí.

Una cosa es afirmar con la fe sobre los dioses y los hombres (y eso es la teología y la catequesis): “Dios es Padre y envía a su Hijo al mundo para nuestra salvación”; afirmaciones difícilmente equiparables con el resto de las usuales en la escuela: “la temperatura era esta mañana de 12º” (el ejemplo es de J. Maritain). Y otra cosa, afirmar sobre los creyentes

("los primeros cristianos expresaron así sus vivencias tras el escándalo de la cruz..."). En este caso interesan sus símbolos y relatos, su lenguaje, sus ritos y sistemas de representación de la realidad; porque interesa el sorprendente sentido y relación con el más allá que atestiguan sus vidas, sus obras, su moral, su pensamiento (teología) y todo. ("Los musulmanes muestran postrados en oración su islam, una completa sumisión al, para ellos, único Alá").

Muchos creyentes ya estudian con las ciencias de la religión su propia fe: fenomenología, antropología, sociología, semiótica, filología, psicología, historia, etcétera. A los estudiosos actuales de la Biblia, les sirven para reconstruir el significado de los textos en su hábitat existencial concreto: "es la nostalgia del Templo de Jerusalén durante la cautividad en Babilonia la que redacta la creación del primer capítulo del Génesis: todo el cosmos es un templo de su Dios".

Pero, por desgracia, nuestro argumento choca contra el *factum*: la universidad española no se ha ocupado desde 1852, sino de forma dispersa y muy incompleta, del hecho religioso (entonces lo hacían sus facultades teológicas). Incorporarlo hoy a la escuela obligatoria, con ese vacío detrás, es un enorme riesgo, cuando no una contradicción (de la que habrá que arrepentirse pronto). Primero, que se ocupe la universidad y, después, la escuela. ¿No va a parecer la religión cosa de niños?

Probablemente éste sea el quid de la cuestión: atreverse a saber de lo religioso que está ahí, coincida o no con la propia opción

Y aún atreverse a saber de una manera racional sobre la propia vivencia religiosa (aunque ésta, precisamente, sea aceptación del no saber y aprendizaje del ignorar).

Esto significa, en primer lugar, reconocer más realidad humana que la comprensible por la razón científica; no parecen serlo la dimensión afectiva, estética, festiva, lúdica... La música, la narrativa, la poesía, el juego y el amor conocen con razones que se escapan a lo científico. ¡Claro que nos hace falta una "Fantástica", una gramática de la fantasía! ¡Como una "Semiótica" para lo simbólico...!

Aquí anidan elementos fundamentales de cualquier religión, presentes hoy en sorprendentes formas seculares (relativas a las patrias, al deporte, a la fiesta y al mundo juvenil, por ejemplo). Nuestro racionalismo elude los símbolos de lo sagrado y del Misterio, de la identidad personal y social, los mitos y ritos que dan sentido a tantos vínculos de la vida y a tantas formas del vivir.

Y, por negar la existencia de su término objeto, estas realidades no se anulan. Quien deteste las patrias o los colores del fútbol, quien niegue dignidad a la tauromaquia o a la pertenencia sindical o política, quien no vea los valores de dos enamorados, quien desprecie el entusiasmo juvenil por el fin de semana o la pasión por asistir a un ballet o a un concierto... no debería fingir ante sí mismo que ya no existen ni el patriotismo ni la afición taurina, musical o deportiva, ni el amor ni la fiesta. Quien niega la existencia de los dioses no podrá ignorar las religiones.

Pero, segundo, atreverse a tal conocimiento de las religiones significa desvincularlo, tanto *a priori* como *a posteriori*, como presupuesto o como conclusión, de la demostración de los dioses: ni el profesor creyente tiene preferencia, ni el incrédulo incapacidad para estudiar así el hecho religioso; sólo será incapaz quien de los dos ignore la existencia de hombres y mujeres religiosos vivos, ayer y hoy.

Tampoco pretende este estudio una interpretación de lo religioso a

juego con las propias convicciones; ni, mucho menos, valorar si la religión merece existir o no (como en paralelo, tampoco el patriotismo, el deporte, las fiestas taurinas u otras: el enamoramiento, el arte, etcétera). Aunque un capítulo necesario en este estudio de la religión haya de ser la historia de la filosofía de la religión, tan crítica durante la modernidad.

Pero aquí sólo se trata de buscar la comprensión de un fenómeno que nos haga comprender mejor a todos los hombres y mujeres que compartimos el planeta: una actitud receptiva, abierta a la admiración y a la sorpresa, antes que al juicio de valor, y tanto más necesaria, cuanto a diario se subraya el fanatismo religioso y se sospecha en público de la capacidad de la religión para generar la paz entre los pueblos.

Citaré dos testimonios –franceses ambos por casualidad– de esta recomendación esencial de suspensión de juicio (*epojé* en el estudio escolar de la religión (que, al ahuyentar la apologética, protege el carácter gratuito del don de la fe). El primero es de Simone Weil, la intelectual judía, mística y antifascista que combatió a favor de la República en la guerra española:

“Se hablaría del dogma como de algo que ha desempeñado un papel de primer orden en nuestros países, y en el que hombres de extraordinario valer han creído con toda su alma; tampoco habría que disimular que muchas crueldades han encontrado pretexto en él; pero, sobre todo, se intentaría sensibilizar a los niños ante la belleza que encierra. Si ellos preguntan: ‘¿Eso es verdad?’, hay que responder. ‘Es tan hermoso, que ciertamente tiene mucho de verdadero. En cuanto a saber si es o no absolutamente verdadero, tratad de haceros capaces de verificarlo vosotros mismos cuando seáis mayores’. Estaría rigurosamente prohibido incluir nada en los comentarios que implicase la

negación del dogma, así como su afirmación” (*L’enracinement*, escrito en 1942).

El segundo es del ya citado Debray, *enfant terrible* del 68, profesor de Filosofía y responsable del informe al ministro Jack Lang (sustituido luego por Luc Ferry) *L’enseignement du fait religieux dans l’école laïque* (2002):

“La República se honra de no confundir la instrucción de los espíritus con la seducción de las almas [...]. *Cette retenue*: a la vez por prudencia científica y respeto humano. Nada autoriza a un profesor laico a creerse superior, ajeno a estos *fanatismos* y *supersticiones*, encaramado a algún Aventino moral... Lo que otros *sapiens-sapiens*, como yo, han podido profesar o practicar un día, en Asia o en América o en África, ¿cómo voy a atreverme, partícipe de la misma filogénesis, habitante del mismo planeta, a juzgarlo totalmente incomprendible e increíble?” (“Qu’est-ce qu’un fait religieux”. *Études*, n. 3.973, 2002, pp 169-180).

Saber para convivir es, sin duda, el aspecto más evidente de esta necesidad cultural

Sobre todo, dado el crecimiento de una sociedad cada vez más intercultural y plurirreligiosa, por las migraciones y por los medios de comunicación social.

Cuando se ha podido afirmar que no habrá paz en el mundo mientras no la haya entre las religiones, sería una imprudencia clasificar y enfrentar a los niños en la escuela por sus credos respectivos, en vez de acercarlos al conocimiento y amistad recíprocos.

Cuando se multiplican las sectas, sería grave ignorarlas y dejar de ser críticos y autocríticos hasta con la propia religión; sus capítulos negativos también son capítulo obligado de esta materia, cuyo diseño por secciones y grados dejamos para otra ocasión.